



HOGARES DON BOSCO
FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

ESTUDIO DE EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DE PAPA FRANCISCO
AMORIS LAETICIA

**LA MIRADA PUESTA EN
JESÚS: EL SACRAMENTO DEL
MATRIMONIO**

Capítulo 3º

(I)

LA MIRADA PUESTA EN JESÚS: VOCACIÓN DE LA FAMILIA

Capítulo 3º de Amoris Laetitia (58 – 70)

Comenzamos con el signo de los cristianos: **En el nombre del Padre,...(+)**

Dios nos habla: *Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas; todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados». El les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. El bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.*

Meditamos en silencio: Dos realidades, la familiar natural y la familiar espiritual. Dos dimensiones, la trascendente y la inmanente. Ambas realidades, ambas dimensiones son necesarias y complementarias. Tenemos un compromiso ineludible: ser familias santas.

La preocupación de muchos padres y madres por el momento crucial de sus hijos en lo educativo, profesional y en sus ambientes de ocio se manifiesta más en el miedo que en una actitud de esfuerzo educativo y de siembra de ilusiones y proyectos para el futuro. Dios está ausente hoy del corazón y de la cabeza de muchos de nuestros jóvenes. Si no les acercamos al encuentro con Él, se encontrarán sin bases profundas de confianza y esperanza para proyectar un futuro que les haga felices realmente. ¿No es el miedo lo que atenaza a muchos padres en la relación con sus hijos? ¿Cuántos prejuicios sacan los jóvenes en relación con Dios? La vida es dura, difícil siempre,



apasionante también, pero requiere de fuerza interior que anime el camino ¿Cómo aguantarlo sin confianza, sin fe?

Compartimos nuestras inquietudes en forma de petición y nos unimos a cada una de ellas diciendo: TU LUZ NOS HACE VER LA LUZ

Terminamos orando juntos:

Nuestra gratitud, Señor, se manifiesta y expresa con espontaneidad cuando nos fijamos en todo lo que haces por nosotros, porque todo lo has pensado y dirigido para hacer posible nuestra vida rodeada de motivos de esperanza y de contemplación de tus maravillas.

Te agradecemos que Jesús sea tu palabra transmisora de tu imagen, de tu preocupación familiar y de tu promesa de no abandonarnos nunca mientras el mundo aguante. También nos traslada tu invitación a unirnos a tu esfuerzo por cambiar el corazón humano tan impermeable y duro, tan insensible al dolor de otros y tan ajeno a las situaciones que no ve cercanas.

Pero muchos responden con generosidad a tu llamada de solidaridad y a la semilla de amor fraterno que has puesto y cultivas en el fondo de nuestros sentimientos. Con el crecimiento de esa semilla, bien alimentada en nuestras celebraciones haremos que algún día la sonrisa de los niños sea total y el plato de los pobres esté bien surtido. Amén

El Papa Francisco en el capítulo tercero de su carta *Amoris Laetitia* nos invita a recordar en dónde tenemos que fijarnos cuando hablamos de la familia: **las enseñanzas de Jesús y la reciente tradición de la Iglesia.** El Papa también recoge las aportaciones del Sínodo sobre la familia. Este tema recoge la primera parte de dicho capítulo.

Ante las familias, y en medio de ellas, debe volver a resonar siempre el primer anuncio. Porque nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio y toda formación cristiana es ante todo la profundización del kerygma. Y todo ello desde la luz del misterio trinitario que derrama su amor a la humanidad en las familias. El Señor nos acompaña hoy en nuestro interés por vivir y transmitir el Evangelio de la familia.



JESÚS RECUPERA Y LLEVA A SU PLENITUD EL PROYECTO DIVINO

Frente a quienes prohibían el matrimonio, el Nuevo Testamento enseña que «todo lo que Dios ha creado es bueno; no hay que desechar nada» (1 Tt 4,4). El matrimonio es un «don» del Señor (cf. 1 Co 7,7). Al mismo tiempo se pone un fuerte énfasis en cuidar este don divino: «Respeten el matrimonio, el lecho nupcial» (Hb 13,4). Ese regalo de Dios incluye la sexualidad: «No os privéis uno del otro» (1 Co 7,5).

Jesús refiriéndose al designio primigenio sobre el hombre y la mujer, reafirma la unión indisoluble entre ellos, si bien diciendo que

“por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así” (Mt 19,8).

La indisolubilidad del matrimonio —“lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre” (Mt 19,6)— no hay que entenderla ante todo como un “yugo” impuesto a los hombres sino como un “don” hecho a las personas unidas en matrimonio [...] La condescendencia divina acompaña siempre el camino humano, sana y transforma el corazón endurecido con su gracia, orientándolo hacia su principio, a través del camino de la cruz.

De los Evangelios emerge claramente el ejemplo de Jesús, que anunció el mensaje concerniente al significado del matrimonio como plenitud de la revelación que recupera el proyecto originario de Dios (cf. Mt 19,3).

Jesús, que reconcilió cada cosa en sí misma, volvió a llevar el matrimonio y la familia a su forma original (cf. Mc 10,1-12). La familia y el matrimonio fueron redimidos por Cristo (cf. Ef 5,21-32), restaurados a imagen de la Santísima Trinidad, misterio del que brota todo amor verdadero.

El Evangelio de la familia atraviesa la historia del mundo, desde la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27) hasta el cumplimiento del misterio de la Alianza en Cristo al final de los siglos con las bodas del Cordero (cf. Ap 19,9).

El ejemplo de Jesús es un paradigma para la Iglesia [...] Él inició su vida pública con el milagro en la fiesta nupcial en Caná (cf. Jn 2,1-11) [...] Compartió momentos cotidianos de amistad con la familia de Lázaro y sus hermanas (cf. Lc 10,38) y con la familia de Pedro (cf. Mt 8,14).

Escuchó el llanto de los padres por sus hijos, devolviéndoles la vida (cf. Mc 5,41; Lc 7,14-15), y mostrando así el verdadero sentido de la misericordia, la cual implica el restablecimiento de la Alianza (cf. Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 4).

Esto aparece claramente en los encuentros con la mujer samaritana (cf. Jn 4,1-30) y con la adúltera (cf. Jn 8,1-11), en los que la percepción del pecado se despierta de frente al amor gratuito de Jesús.

Necesitamos sumergirnos en:

- el misterio del nacimiento de Jesús, en el sí de María al anuncio del ángel, cuando germinó la Palabra en su seno;
- también en el sí de José, que dio el nombre a Jesús y se hizo cargo de María;
- en la fiesta de los pastores junto al pesebre, en la adoración de los Magos;
- en fuga a Egipto, en la que Jesús participa en el dolor de su pueblo exiliado, perseguido y humillado;
- en la religiosa espera de Zacarías y en la alegría que acompaña el nacimiento de Juan el Bautista, en la promesa cumplida para Simeón y Ana en el templo, en la admiración de los doctores de la ley escuchando la sabiduría de Jesús adolescente.
- Y luego, penetrar en los treinta largos años donde Jesús se ganaba el pan trabajando con sus manos, susurrando la oración y la tradición creyente de su pueblo y educándose en la fe de sus padres, hasta hacerla fructificar en el misterio del Reino.

Este es el misterio de la Navidad y el secreto de Nazaret, lleno de perfume a familia.

Es el misterio que tanto fascinó a Francisco de Asís, a Teresa del Niño Jesús y a Carlos de Foucauld, del cual beben también las familias para renovar su esperanza y su alegría.

“Lección de vida doméstica. Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental



e insuperable de su sociología” (Pablo VI, Discurso en Nazaret, 5 enero 1964).

LA FAMILIA EN LOS DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

El Concilio Vaticano II se ocupó de «la promoción de la dignidad del matrimonio y la familia» (GS 47-52). Definió el matrimonio como comunidad de vida y de amor, poniendo el amor en el centro de la familia [...] El “verdadero amor entre marido y mujer” implica la entrega mutua, incluye e integra la dimensión sexual y la afectividad, conformemente al designio divino.

Además, subraya el arraigo en Cristo de los esposos: Cristo Señor “sale al encuentro de los esposos cristianos en el sacramento del matrimonio”, y permanece con ellos. En la encarnación, él asume el amor humano, lo purifica, lo lleva a plenitud, y dona a los esposos, con su Espíritu, la capacidad de vivirlo, impregnando toda su vida de fe, esperanza y caridad.

Así, los esposos son consagrados y, mediante una gracia propia, edifican el Cuerpo de Cristo y constituyen una iglesia doméstica (cf. Lumen gentium, 11), de manera que la Iglesia, para comprender plenamente su misterio, mira a la familia cristiana, que lo manifiesta de modo genuino.



Luego, siguiendo las huellas del Concilio Vaticano II, **el beato Pablo VI** profundizó la doctrina sobre el matrimonio y la familia. En particular, con la Encíclica *Humanae vitae*, puso de relieve **el vínculo íntimo entre amor conyugal y procreación**:

“El amor conyugal exige a los esposos una conciencia de su misión de paternidad responsable sobre la que hoy tanto se insiste con razón y que hay que comprender exactamente [...] El ejercicio responsable de la paternidad exige, por tanto, que los cónyuges reconozcan plenamente sus propios deberes para con Dios, para consigo mismos, para con la familia y la sociedad, en una justa jerarquía de valores”.

En la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, el beato Pablo VI evidenció la **relación entre la familia y la Iglesia**.

San **Juan Pablo II** dedicó especial atención a la familia mediante sus catequesis sobre el amor humano, la Carta a las familias *Gratissimam sane* y sobre todo con la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*.

En esos documentos, el Pontífice definió a la familia “vía de la Iglesia”; ofreció una visión de conjunto sobre la vocación al amor del

hombre y la mujer; propuso las líneas fundamentales para la pastoral de la familia y para la presencia de la familia en la sociedad.

En particular, tratando de la caridad conyugal (cf. *Familiaris consortio*, 13), describió el modo cómo los cónyuges, en su mutuo amor, reciben el don del Espíritu de Cristo y viven su llamada a la santidad».

Benedicto XVI, en la Encíclica *Deus caritas est*, retomó el tema de la verdad del amor entre hombre y mujer, que se ilumina plenamente sólo a la luz del amor de Cristo crucificado (cf. n. 2). Él recalca que “el matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo se convierte en el icono de la relación de Dios con su pueblo y, viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano”.

Además, en la Encíclica *Caritas in veritate*, pone de relieve la importancia del amor como principio de vida en la sociedad (cf. n. 44), lugar en el que se aprende la experiencia del bien común.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. **¿Cómo concretar la vida familiar vista como vocación cristiana?**
2. **¿Qué nos ilumina la familia de Nazaret en la realidad de nuestra propia familia?**
3. **¿Cómo vivimos la realidad de iglesia doméstica en nuestra familia según el Concilio?**
4. **Señala aquello que te llama la atención del Magisterio de Pablo VI, Juan Pablo II y de Benedicto XVI y su implicación en nuestra vida de familia. ¿Habéis leído alguna carta de ellos?** Las podéis encontrar en <http://w2.vatican.va>

... ..

Terminamos rezando uniendo nuestras manos la oración familiar que Jesús nos dejó: **el Padrenuestro**.